



# ÚLTIMO DESEO

FERNANDO LALANA

Y JOSE VIDEGAÍN

**edebé**

**PERISCOPIO**

# ÚLTIMO DESEO

FERNANDO LALANA  
Y JOSE VIDEGAÍN

# ÚLTIMO DESEO



**edebé**

© Fernando Lalana y José Antonio Videgaín, 2013  
Representados por la agencia Isabel Martí

© Edición: EDEBÉ, 2013  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil y Juvenil:* Elena Valencia  
*Diseño de colección:* César Farrés  
*Fotografía de cubierta:* Thinkstock

1.<sup>a</sup> edición, septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0832-6  
Depósito Legal: B. 10261-2013  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## Índice

Previo. El cementerio boliviano .....	9
1. El internado Govedartsi .....	18
2. El sobre .....	25
3. La nieve de Bulgaria .....	27
4. Funeral .....	29
5. En la Fundación Carter .....	33
6. Claudia (1991) .....	37
7. La lámpara .....	40
8. La historia de Huang Zha (1991) .....	43
9. El profesor Téllez (1991) .....	51
10. Una bibliotecaria llamada Adela (1991) .....	55
11. Otra bibliotecaria llamada Adela (1991) .....	58
12. Oswaldo Sosia (1991) .....	60
13. Todas las bibliotecarias se llaman Adela (1991) .....	62
14. Amadeo Cazcarrias (1991) .....	64
15. Un engaño (1991) .....	70
16. El tío César .....	74
17. Exceso de equipaje (1991) .....	78
18. Falso portazo .....	82
19. Tesoro y archivo (1991) .....	87
20. Stéfano (1991) .....	90
21. Café y <i>locanda</i> (1991) .....	93
22. Archivo de la catedral (1991) .....	96
23. Santa Lucía (1991) .....	103
24. Maguncia .....	105
25. Una noche de 1448 .....	108
26. El museo .....	113
27. Inspector Bandaire .....	118
28. Ferrimax .....	125
29. La huella .....	127

30. En la ardiente oscuridad .....	133
31. Truco o trato .....	139
32. El inicio de una hermosa amistad .....	143
33. De camino a Bolivia .....	147
34. Declaración de amor (1993) .....	152
35. El sueño y la mirada .....	158
36. La tragedia (1993) .....	160
37. Sobre sorpresa (1993) .....	165
38. El albino (1993) .....	172
39. Una noche de 1560 .....	174
40. Huida a Sudamérica (1993) .....	178
41. Tan solo una posibilidad (1993) .....	181
42. Bolivia .....	185
43. El clan de los Mélnikof .....	186
44. Un Ford de alquiler (1993) .....	193
45. Uno de los nuestros .....	205
46. Hummer & Hummer .....	207
47. Persecución .....	209
48. El abuelo Melquíades .....	215
49. Sucesores de Dimitri Melnikov .....	218
50. Promesa .....	223
51. Control de pasaportes .....	224
52. Hotel Excelsior .....	240
53. En el último momento .....	242
54. Diez minutos .....	246
55. Uladowka .....	253
56. Santa Engracia y doña Beatriz .....	257
57. Deducciones .....	268
58. Vladímir .....	273
59. Flechazo .....	277
60. El panteón Potocki .....	287
61. No en sagrado .....	294
62. Exhumación .....	298
63. La tumba de Jan Potocki .....	302
64. LSC .....	307
65. La sala oblicua .....	322
66. Otro deseo .....	329

67. Tras la nada .....	337
68. Tras la muerte .....	342
69. Hace diez minutos .....	344
70. El bucle .....	348
Epílogo en Uladowka .....	355

## *PREVIO*

### *El cementerio boliviano*

**E**l de Montero era un camposanto antiguo y completo, donde ya no cabía ni una tumba más. Para enterrar a un muerto había que sacar a otro. Solo en los panteones propiedad de las familias ilustres de la ciudad quedaban plazas libres. Pero, claro está, esas sepulturas eran inaccesibles para el resto de la población. En Montero, tanto figurada como literalmente, la mayoría de los ciudadanos no tenían dónde caerse muertos.

Pequeño y trapezoidal, el cementerio se hallaba enclavado en una céntrica zona de la ciudad, la más populosa, tras la capital, de la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

Aquel cuatro de noviembre, cerca del ocaso, olía intensamente a flores que ya empezaban a marchitarse cuando el hombre de aspecto indubitablemente europeo atravesó la verja de entrada con un ramo de crisantemos anaranjados en la mano. Tras preguntar a un empleado de aspecto indígena por la ubicación de la sepultura de don Aurelio Saucedo, se dirigió hacia allí con paso rápido.

Al llegar, y después de dudar unos instantes entre varios panteones, localizó la inscripción que buscaba.



**AURELIO SAUCEDO JUSTINIANO**  
**Pionero de la mecánica agroindustrial**  
**Impulsor de la electrificación en Montero**  
**R.I.P.**

Allí era.

Su destino final, tras setenta y dos interminables horas de viaje desde España.

Comenzó entonces una espera impaciente, durante la que el recién llegado consultó varias veces su Longines de pulsera. Era un hombre alto, de mediana edad, moreno y de complexión fuerte, algo sobrado de peso. Podría haber disfrutado de un cuerpo atlético solo con dedicar unas horas semanales al ejercicio físico; pero eso era algo que, simplemente, no iba con él, pues se trataba de un intelectual, en el más estricto sentido de la palabra. Siempre lo había sido.

Vestía traje de lino en color crudo y sombrero panamá.

Seis minutos más tarde, cuando el nerviosismo empezaba a aflorar en sus ademanes, creyó notar un movimiento a su espalda.

Giró sobre sí mismo con rapidez y, al instante, sintió que se le aceleraba el corazón.

El otro hombre estaba mucho más delgado, vestía como un pordiosero y su pelo había encanecido, a pesar de lo cual la semejanza entre ambos sujetos resultaba asombrosa.

Curiosamente, fue el recién aparecido quien mostró mayor sorpresa. Se detuvo, de pronto; y durante un rato larguísimo, contempló al del sombrero panamá con la boca entreabierta y expresión estupefacta. Así habría seguido de no ser porque el primero se decidió a hablar.

—Hola, Julián, hermano.

—¡César...! —susurró, al fin.

—Nunca imaginé que te vería salir de entre los muertos.

El hermano de César sonrió levemente, aceptando la ironía.

—¿Qué haces aquí?

—He acudido a tu llamada de auxilio, por supuesto.

Sí, ya sé que no iba dirigida a mí, pero tuve la fortuna de interceptarla y... bien, aquí me tienes. Al rescate. Reconozco que fue toda una sorpresa descubrir que seguías vivo. Allí todos te dimos, primero, por desaparecido y, más tarde, por oficialmente fallecido. Para la ley, la justicia y el mundo, estás muerto, hermano. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿De las inmensas posibilidades que se abren ante ti? Podrías visitar tu propia tumba y dejarte flores a ti mismo. Podrías iniciar una nueva vida, con otra identidad, sin sentirte responsable de nada de lo que hiciste en el pasado. Pero..., claro, también ahora alguien podría matarte impunemente, pues no está penado por la ley asesinar a quien ya está muerto. Curiosa situación la tuya, ¿no crees?

—¿A qué has venido?

César comenzó a caminar muy despacio, en círculo, sin apartar la mirada de la de su hermano ni por un momento.

—Puedes imaginarlo. Quería saber dónde has estado todos estos años. Y, sobre todo, quería saber si tuviste éxito en tu empeño. En nuestro empeño, en realidad.

La mente de Julián funcionaba a toda velocidad. Había llegado el momento de tomar decisiones. Y tenían que ser acertadas, pues se encontraba en inferioridad de condiciones y en situación muy comprometida.

Optó por empezar respondiendo a lo menos importante.

—Ya que lo preguntas: he pasado los últimos quince años en la cárcel.

El otro alzó las cejas.

—¡Oh...! ¡Pobre hermano mío! ¿Aquí, en Montero?

—Cerca. En el penal de Santa Cruz, la capital de la provincia.

—Seguro que fue por un delito que no cometiste —ironizó César, de nuevo—. Aunque, cuando estás entre rejas, supongo que eso es lo de menos. Y tengo entendido que la vida en las cárceles de Bolivia es una experiencia especialmente dura.

—Tú lo has dicho. No sabes hasta qué punto.

Desde la torre de una iglesia cercana, llegaron siete campanadas. La luz ambiente decrecía con rapidez.

—¿Y la lámpara? —preguntó César, súbitamente—. ¿Lograste dar con ella?

Había llegado el momento.

—Sí.

Fue la rotunda respuesta de Julián. Y, al escucharla, César palideció intensamente para, acto seguido, sufrir un sofoco que le tiznó el rostro de grana.

—¿Hablas en serio? ¿La tienes?

—Sé dónde está. Pero me encarcelaron antes de poder ir en su busca.

—¿Está aquí, en Bolivia?

—Por supuesto que no. Aquí encontré los últimos datos, los que completaban la investigación. Pero la lámpara se encuentra muy lejos y, como puedes suponer, carezco de medios para iniciar esa búsqueda. Ni siquiera dispongo de pasaporte, así que me es imposible salir del país. Me llevó siete días de mendicidad reunir el dinero suficiente para enviar un telegrama pidiendo ayuda.

—Ese telegrama que, casualmente, terminó en mi poder.

Al concluir la frase, César se deshizo con un gesto rápido del ramo de crisantemos. Ahora, entre sus manos, brilló la superficie satinada de un pequeño revólver Rossi, con el que apuntó a su hermano a la altura del pecho. Julián sonrió.

—Bonita arma —dijo—. Un modelo 87, ¿verdad? Cinco disparos del calibre treinta y ocho especial. Bastante comunes por aquí. No te habrá costado demasiado dinero.

—Veo que la cárcel ha sido una buena escuela.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Matarme?

—Quizá...

—Mala idea, hermano mío. ¿Cómo ibas a encontrar la lámpara, entonces?

César tragó saliva. Julián sonreía cada vez más. Y continuó:

—En cambio... fíjate: si soy yo quien acaba contigo, habré resuelto de golpe todos mis problemas: dispondré

de tu dinero, tu pasaporte, tu Longines de oro, tu arma... Puede que tu traje no sea de mi talla y que me haya encanecido el pelo más que a ti. Pero seguimos siendo gemelos idénticos, César. Puedo hacerme pasar por ti sin problemas, regresar a España y emprender a continuación la última etapa en la búsqueda de la lámpara.

—Tú no me matarías —afirmó César—. No te creo capaz.

Los ojos de Julián se convirtieron en una línea.

—Mal pensado. Llevamos mucho tiempo sin vernos, hermano mío. Pasar quince años en una cárcel boliviana te aseguro que cambia el carácter de cualquiera.

—Entonces, vayamos los dos juntos a buscarla.

El ex presidiario negó lentamente con la cabeza.

—Ah, no, no... Esa posibilidad desapareció hace mucho, César. Se esfumó el día en que Claudia murió en aquel incendio. Aquel incendio que tú provocaste.

Le bastó mirar a los ojos de Julián para saber que hablaba con total convicción. César se abalanzó entonces hacia su hermano, lo derribó de un empujón y, antes de que pudiera reaccionar, le apoyó el cañón del arma en la frente.

—¡Dime dónde está esa condenada lámpara! ¡Sabes que nunca he estado muy bien de la cabeza! A lo mejor, primero disparo y, luego, reflexiono sobre la tontería que acabo de hacer. ¿Quieres correr el riesgo?

—Adelante —respondió Julián, aparentando serenidad.

El arma tembló en la mano de César. Pero no tiró del gatillo. Y Julián continuó.

—Estás en mala posición, hermano. Si me matas, te quedas sin nada. En cambio, si te mato yo, lo consigo todo. Se te ha agotado el juego. Tu apuesta no ha funcionado y estás perdido. Que acabes en bancarrota es tan solo... cuestión de tiempo.

César oprimió con tal fuerza el cañón del arma contra la frente de su hermano, que le rasgó la piel hasta hacerle sangrar.

—Te equivocas —masculló con rabia—. ¡Te equivocas! Aún me quedan dos cartas por jugar.

—¿En serio?

—Tus hijos.

Al escuchar aquello, la sonrisa se borró del rostro de Julián. Aún dudó un momento si no se trataría de un farol. Pero no, claro que no. Que el telegrama enviado a Bulgaria hubiese terminado en las manos de su hermano no podía significar otra cosa.

—De modo que... los has encontrado.

César no pudo evitar que se le escapase una sonrisa al comprobar que la desazón de Julián era sincera.

—Hace ya varios meses, sí. Aquel internado resultó ser un buen escondite, desde luego. Pero he tenido mucho tiempo para buscarlos. Mucho. Por cierto, están muy bien los dos. Muy mayores. Teresa es una chica hermosa y simpática. Un poco cabeza loca, para mi gusto. En cambio, Carlos, si me permites decirlo, ha salido a mí. Inteligente, intuitivo, analítico... Me gusta ese muchacho. Los dos se encuentran muy bien, ya te digo. Al menos, por el momento. Cosa que no se puede decir de tu amiga Elisa Royo, que perdió hace algún tiempo su puesto como directora de ese colegio tan raro de Bulgaria.

Julián comprendió que su hermano seguía siendo un tipo inteligente y astuto. El más listo de la familia, como el padre de ambos solía decir cuando aún eran dos niños. Efectivamente, no se había presentado allí con las manos vacías. Esto igualaba las fuerzas. Las apuestas estaban a la par.

—De acuerdo —accedió, al fin, con un suspiro—. Acompáñame.

—¿Adónde?

—¿No quieres saber dónde está la maldita lámpara? Acompáñame, entonces.

—Acabas de decir que no la tienes.

—Cierto. Pero sí tengo algo que mostrarte y lo guardo muy cerca. Desde que salí de la cárcel duermo en el panteón de los Valdivieso. Un sitio tranquilo. La gente de estos lugares es muy religiosa. No es fácil encontrar a alguien

que se preste a asesinar en un cementerio, ni siquiera por mucho dinero. Es ahí donde tengo mis cosas.

César permitió que su hermano se incorporase. Julián necesitaba algo de tiempo para pensar, para cambiar de estrategia. Se dirigió lentamente, caminando entre las tumbas, hacia un conjunto de grandes panteones familiares distante un par de cientos de metros. César le seguía, empuñando el Rossi del treinta y ocho especial.

El panteón de los Valdivieso era inmenso, como una pequeña catedral gótica. Hacía, sin embargo, veinticuatro años que nadie era inhumado en él.

Julián abrió la cancela de la entrada principal y descendió los seis escalones que conducían a la cripta, un amplio espacio cuadrangular, todo él en piedra de sillería, que albergaba un pequeño altar presidido por una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y treinta nichos, la mitad de ellos vacíos. En el interior de uno de estos había pasado Julián las noches de las últimas semanas. Como un moderno vampiro: durmiendo en una tumba.

La luz exterior era ya escasa, de modo que, allí abajo, apenas se distinguían sombras entre la penumbra. Sin embargo, tras prender las mechas de varios candiles de aceite y de los dos gruesos cirios que flanqueaban el altar, los hermanos volvieron a verse las caras.

—Cuando me liberaron tras cumplir mi condena —comenzó a explicar Julián—, todas mis pertenencias personales habían desaparecido «misteriosamente» del almacén de la prisión. Solo conseguí recuperar esto. Casualmente, era lo único que merecía la pena. Lo único que me podía interesar. Me costó aparentar indiferencia cuando me lo entregaron.

Del hueco de otro de los nichos vacíos, sacó Julián una vieja carpeta archivadora, que alzó en las manos.

—Supongo que a los funcionarios de la prisión un montón de papeles y documentos polvorientos no les pareció lo bastante atractivo como para molestarse en robarlo.

—¿Y qué es? —preguntó su hermano.

Julián hizo una pausa dramática antes de contestar.

—Es el camino hasta la lámpara, por supuesto. La hoja de ruta.

—No entiendo.

—¿Qué esperabas? ¿El mapa de un tesoro, con una gran aspa roja señalando un lugar en el que cavar?

—Naturalmente.

—Pues... lamento defraudarte, pero la cosa es algo más complicada. Aquí está el resultado de todas las investigaciones llevadas a cabo desde que empezamos a interesarnos por la lámpara. Todos los datos, todas las evidencias. Hay mucho que interpretar, muchos flecos que recortar y muchos ajustes que hacer. Pero el camino está completo, de eso ya estoy seguro. Y al final del camino, se encuentra la lámpara.

Julián dejó caer el archivador sobre el altar, levantando una considerable nube de polvo. Su hermano se acercó hasta allí sin dejar de apuntarle con el revólver.

—Aparta —le ordenó.

Julián retrocedió mientras César abría con una mano la gruesa carpeta, tras soltar el bramante que aseguraba la solapa. Alternando su atención entre su hermano y el contenido del archivador, César fue sacando documentos y extendiéndolos sobre el ara de mármol negro.

Julián aguardaba su oportunidad, que llegó al cabo de unos minutos, cuando su hermano se había confiado lo bastante como para caer en una distracción más larga de lo aconsejable. Disimuladamente, deslizó la mano por el hueco del nicho.

Cuando César volvió a alzar la vista, Julián extendía su brazo derecho hacia él. Aferraba en su mano un objeto que tardó un par de segundos en reconocer por la escasez de luz, pero que pronto tomó la forma inequívoca y las dimensiones de una pequeña pistola completamente negra. Una Colt Mustang.

—Aquí, alguien como yo puede renunciar a todo, menos a tener un arma. Si no comes hoy, puedes sobrevivir hasta mañana. Pero sin un «hierro» es imposible llegar a ver el siguiente amanecer.

—Gracias por la explicación —dijo César, adoptando una postura simétrica a la de su hermano.

Ambos se movieron lateralmente, sin dejar de apuntarse con sus armas respectivas. Pasó un minuto. Y luego, dos.

—Parece que estamos algo atascados, ¿no crees? —preguntó César.

—Eso es porque los dos pensamos lo mismo: «Si tengo suerte, si hago un buen disparo y esquivo el dirigido a mí, lo habré ganado todo».

—Pero, claro está, existe también otra opción.

—Cierto, hermano, cierto: la opción de la muerte.

—La muerte de verdad, no la que figura en un certificado de defunción. La muerte. La muerte. La muerte...

Allí abajo se respiraba un ambiente fresco y húmedo. Sin embargo, los dos hermanos habían roto a sudar como galeotes. Sabían que el tiempo se acababa, que ya no había más, que la próxima decisión era la definitiva. La adrenalina les había disparado el pulso. Seguían moviéndose, lentamente, ansiosamente, frente a frente, buscando un cambio, una vacilación, algo sutil que les proporcionase una ventaja mínima frente al otro. Y que les permitiese decidirse a apretar el gatillo.

Fue una espera larga. Angustiosa.

Por fin, minutos después, cuando la noche ya había caído sobre las tumbas, dos disparos casi simultáneos destrozaron el silencio sepulcral del cementerio general de Montero, provincia de Santa Cruz de la Sierra, en el corazón de la República de Bolivia.



## *1. El internado Govedartsi*

Teresa llamó con los nudillos a la puerta y, tras obtener permiso, la abrimos y entramos en el despacho del director Pitesti, un imbécil profesional, según mi propia clasificación antropológica. El despacho aún conservaba cierto aroma de cuando pertenecía a Elisa Royo, pero la decoración había cambiado por completo. En el lugar que antes ocupaba una gran litografía de Miró, ahora colgaba un crucifijo solo un poco menor que el auténtico madero en el que murió Cristo. Y sobre una de las estanterías podía verse un marquito de cuero con el retrato de un hombre de rostro ancho y ojos claros y pequeños, vestido con uniforme de campaña. Poca gente en el colegio podía reconocer en él a Radko Mladic, el militar serbio responsable del genocidio de Srebrenica, en 1995. Aquella foto ya lo decía todo de Pitesti.

Tras cerrar la puerta, mi hermana y yo permanecemos de pie, en silencio y con las manos a la espalda, como ordenaban las normas del colegio. El director nos miró, serio, antes de hablar.

—Adelante, adelante, muchachos... Carlos, Teresa: gracias por acudir con tanta diligencia.

Detecté de inmediato un tono blando y servil en sus palabras. Un tono muy alejado del suyo habitual, tan despectivo.

—El profesor Lars nos ha recomendado venir sin dilación, abandonando la clase de Ciencias —le explicó mi hermana—. Al parecer, su llamada le ha parecido cargada de urgencia, señor director.

Goran Pitesti lucía reluciente calva y un mostacho inverosímil, enorme, que le cubría la boca por completo y convertía en una función de circo cada ocasión en que debía comer sopa.

—Y así era, sí. Bien... Supongo que recordáis al señor Sosia, que estuvo por aquí hace unos meses. Don Oswaldo Sosia, además de vuestro tutor legal, es el administrador de la fundación creada por vuestro padre..., vuestro padre que... que en paz descanse.

Le recordábamos, claro está. Había aparecido a finales del curso pasado, trayendo la noticia de que un juez español había declarado oficialmente fallecido a nuestro padre, tras dieciséis años sin noticias de su paradero. Eso nos convertía a Teresa y a mí en herederos de sus bienes, aunque sin capacidad de disponer de ellos hasta cumplir la mayoría de edad. Y, hasta que llegase ese momento, él era nuestro tutor legal.

Don Oswaldo estaba sentado frente al director y de espaldas a la puerta del despacho, en un sillón cuyo respaldo lo había ocultado hasta ahora de nuestra vista. Se incorporó en ese momento exhibiendo una sonrisa *giocondesca*, se acercó a nosotros y nos tendió la mano sucesivamente, empezando por Teresa.

Al acercarse a ella, noté de inmediato cómo su mirada desbordaba admiración. A la mayoría de los hombres les ocurre lo mismo al contemplar a mi hermana. A los diecisiete años todas las chicas son hermosas, pero ella poseía una belleza insultante y turbadora. Una belleza capaz de interrumpir el fluido eléctrico y de detener el tráfico rodado en las avenidas. Algo que yo no había visto en ninguna mujer de carne y hueso. Solo en las de celuloide.

Aunque también es cierto que no había conocido demasiadas mujeres de carne y hueso hasta ese momento.

A continuación, nuestro tutor me tendió la mano, sin el menor entusiasmo.

—El señor Sosia, como ya sabéis —continuó de repente el director Pitesti, con el tono y el semblante de las desgra-

cias—, reside habitualmente en España. Y ha venido hasta aquí, en persona, para... para comunicaros..., en fin, que tiene noticias que...

Pitesti sacó de su bolsillo un gran pañuelo blanco y se enjugó el sudor que había empezado a perlarle la calva. Se le veía azorado en extremo. De pronto, bajó el tono de voz, mientras emprendía el camino hacia la puerta de su despacho.

—Será mejor que les deje solos —dijo, mirando de manera huidiza al recién llegado—. Señor Sosia..., muchachos...

Con el sonido de la puerta cerrándose tras la salida del imbécil, Teresa y yo recobramos una cierta capacidad de movimiento, acercándonos ambos al recién llegado y pasando a hablar en español.

—No le esperábamos hasta el final del curso, don Oswald —dijo Teresa—. ¿Qué es eso tan importante que le ha traído por aquí en estas fechas?

El hombre carraspeó. Nos miró de nuevo un par de veces más, alternativamente. Ella y yo; ella y yo; ella y ella.

—Chicos..., soy portador de malas noticias. O... más bien, de noticias desconcertantes que... que habría preferido no tener que comunicaros nunca... En fin, yo...

Tanto titubeo me estaba poniendo decididamente nervioso. Alcé las dos manos en un gesto firme.

—Por favor, Oswald. ¿Sabe? Estoy empezando a sentirme incómodo. Y creo que a mi hermana le ocurre lo mismo. Primero, el director Pitesti, tan tenso como la goma de un tirachinas y comportándose como un niño pillado en falta. Y ahora, usted, balbuceando y dando rodeos. ¿Por qué no nos dice de una vez lo que sea que tenga que decirnos, y acabamos cuanto antes con esta situación? Ya no somos unos niños. Pronto cumpliremos los dieciocho, llevamos toda la vida solos y creo que se nos puede hablar claro en cualquier circunstancia.

Sosia me miró. Creí entrever, ahora sí, un puntito de admiración en sus pupilas. Tras una breve pausa, asintió con un gesto. Se dirigió a la mesa del director y recogió de allí un

portafolios de cuero claro, del que sacó varios documentos.

—Veréis..., la noticia..., la mala noticia que tengo que comunicaros es que acabo de saber que vuestro padre, desgraciadamente..., ha fallecido.

Mi hermana y yo nos miramos, perplejos, durante un instante.

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó ella, entonces, de mal talante—. ¿Qué demonios nos está contando? ¿Es una broma? Usted sabe perfectamente que nuestro padre desapareció hace más de dieciséis años. Y que fue dado legalmente por muerto hace nueve meses.

—Ya, ya, ya... Precisamente, eso es lo más dramático de esta situación —admitió Sosia—. Veréis: hace unos días me llegó la noticia de que, en realidad, vuestro padre seguía con vida hasta hace muy poco tiempo. Pasó quince años encarcelado en una prisión boliviana de la que salió en libertad, tras cumplir condena, el pasado día once de octubre.

Teresa y yo debimos de poner la misma cara de asombro. Permanecimos en silencio mientras tratábamos de asimilar la noticia. Por fin, ella optó por asegurarse de haber entendido bien.

—¿Nos está diciendo que... que nuestro padre, al que creíamos muerto, estuvo quince años preso... y nunca se puso en contacto con nosotros?

La pregunta, tan directa, obligó a Oswaldo a bajar la vista.

—Así es. Es difícil de entender, pero... supongo que las cosas en un país como Bolivia pueden resultar muy complicadas; mucho más hace quince años... Vamos, que no se puede esperar que funcionen como aquí. Como en España, quiero decir. Según parece, cuando lo detuvieron, vuestro padre carecía de documentación y de dinero, así que los funcionarios bolivianos no se molestaron en comprobar si era quien él decía ser. Lo juzgaron, lo condenaron y lo encerraron. Supongo que les daba igual quién fuera realmente. No tuvo ninguna posibilidad de ponerse en contacto con el exterior durante el tiempo en que estuvo cumpliendo condena.

—Y ahora, cuando había conseguido salir de la cárcel, ha muerto —concluí.

Oswaldo Sosia suspiró.

—Así es. Hace veintidós días su cuerpo fue hallado con varios disparos en el cementerio de una ciudad de provincias de allí, de Bolivia. La embajada española en La Paz remitió a la sede de la Fundación Carter estos documentos la semana pasada.

Fue entonces cuando Oswaldo puso a nuestro alcance los papeles que había sacado del portafolios.

—Ahí está todo: el informe de la policía boliviana, certificado de defunción, informe de la autopsia...

Examinamos los documentos sin excesivo interés.

—¿Dice usted que murió en un cementerio? —preguntó Teresa, tras leer por encima varios de aquellos informes.

—Sí, así es. Resulta extraño, pero... al parecer, llevaba algún tiempo pernoctando en un panteón. Por fin, la noche del día cuatro de este mes, vuestro padre libró un tiroteo con persona o personas aún desconocidas de resultas del cual... En fin...

—«Libró un tiroteo» significa que... también él iba armado.

—Como podéis leer en el informe de la policía, hallaron en su poder una pistola de cuyo cargador faltaban tres balas.

Yo seguía mirando aquellos papeles con aparente descuido, pero lo cierto es que puedo asimilar la información escrita con notable rapidez. Y los almacené en la memoria tan meticulosamente como me fue posible. Tras ello, me acaricié la mejilla derecha. Lo hago muchas veces. Teresa dice que es un tic. Y que las personas que tienen tics es porque algo no funciona bien dentro de su cabeza. No sé. A lo mejor tiene razón.

—De modo que salió de la cárcel el once de octubre y murió el cuatro de noviembre. Estuvo, pues, en libertad, veintitrés días —calculé.

—Así es —confirmó Sosia.

—¿Y en esos veintitrés días tampoco intentó ponerse en

contacto con nosotros, con la fundación, con las autoridades españolas...?

—No tengo constancia de ello.

—¿Por qué no lo haría?

—Lo ignoro.

Reconozco que las preguntas sin respuesta me molestan y me fascinan a partes iguales.

—Y otra cosa..., ¿cómo es que estuvo preso durante quince años sin poder demostrar su identidad y, sin embargo, se ha podido identificar tan rápidamente su cadáver?

Oswaldo Sosia sonrió ligerísimamente. Tuve la sensación de que para esta pregunta sí tenía preparada una respuesta y le encantaba poder ofrecérmela.

—A mí también me sorprendió en principio esa circunstancia —admitió— y me interesé por ella. La explicación es que, al salir de presidio, las autoridades bolivianas le proporcionaron un documento provisional, lo que llaman allí «cédula de reinsertado». La policía encontró esa cédula en el cadáver y un inspector más diligente de lo habitual se molestó en acudir a la prisión para interrogar a algunos compañeros de vuestro padre. Estos recordaron perfectamente cómo aseguraba ser español y llamarse Julián Esparza. Con eso y sus huellas digitales, la embajada de España confirmó su identidad. Por desgracia, no parece haber ninguna duda.

Tras aquella explicación, Teresa se acercó a mí y me abrazó.

—Qué ironía, ¿no? —musitó—. Toda la vida pensando que nuestro padre había muerto años atrás para, al final, averiguar que estaba vivo... justo en el momento en que ha muerto real y definitivamente.

Oswaldo guardó un respetuoso silencio hasta que mi hermana y yo deshicimos nuestro abrazo. Acto seguido, volvió a hablar con su tono asquerosamente profesional.

—La Fundación Carter ha solicitado la repatriación del cadáver. Si no hay ningún problema, llegará a Zaragoza pasado mañana. He supuesto que... os gustaría asistir a los funerales.

—Desde luego —respondió Teresa, por los dos—. Gracias, Oswaldo.

—En ese caso... podemos salir esta misma tarde hacia España. En cuanto tengáis hecho el equipaje.

Tras unos minutos de indecisión, comprendimos que había llegado el momento de retirarnos. Pero una nueva curiosidad me vino a la mente antes de abandonar el despacho.

—Dígame, Oswaldo: ¿sabe por qué delito condenaron a nuestro padre a prisión?

El administrador de la Fundación Carter sacó del portafolios de cuero una libreta con anotaciones hechas a mano y la consultó durante unos instantes.

—Fue acusado de participar en el atraco a una sucursal del Banco Mercantil de Santa Cruz de la Sierra. En el asalto, murió una empleada de la oficina bancaria.

Al escuchar aquello, Teresa pareció verse sacudida por un leve escalofrío.

—Vaya..., la de un delincuente no es precisamente la imagen que me habría gustado conservar de mi padre.

—Lo siento —susurró don Oswaldo—. Lo siento de veras, Teresa.

Cuando salimos, nos cruzamos con el director Pitesti, que regresaba a su despacho. Nos saludó con una mueca que intentó ser sonrisa y cerró la puerta tras de sí.

## 2. *El sobre*

—**D**e modo que estuvo aquí —dijo Sosia.  
—Así es: intentó llegar hasta los chicos, tal como usted supuso.

—Lo que no imaginaba era que tardaría tan poco tiempo en aparecer.

—Ellos ni siquiera se enteraron de nada. Por suerte, las medidas de seguridad del colegio son de primera.

—Claro, claro..., con el alumnado que tienen supongo que resulta imprescindible.

—Lamentablemente, cuando llegó la policía ya no encontraron rastro de él. Solo tenemos su imagen en las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Sin embargo, podría volver a intentarlo.

—El resultado sería el mismo. No llegaría hasta ellos, se lo garantizo.

Sosia se acarició la perilla, lentamente.

—Por cierto, que me llevo a los chicos a España, al funeral por su padre —dijo Sosia, tras aquel pensativo silencio—. Hoy mismo.

—Bien. Diré en secretaría que preparen todo el papeleo. ¿Cuántos días calcula usted que estarán fuera?

—No lo sé. Es posible que decidamos no regresar hasta después de las vacaciones de Navidad. Al fin y al cabo, no falta tanto tiempo.

El director del internado estuvo a punto de objetar algo, pero se lo pensó mejor y acabó por sonreír obsequiosamente.



—No se preocupe si es así, don Oswaldo. Esa ausencia no debería plantear ningún problema académico. Ambos son alumnos muy brillantes; sobre todo, el muchacho, Carlos. También Teresa, por supuesto. Podrán retomar el curso sin dificultad a comienzos del próximo trimestre y recuperar el tiempo perdido.

—Estoy seguro de que así será. Y en buena parte, gracias a usted, director.

—Es mi trabajo.

Oswaldo Sosia sacó entonces del bolsillo interior de su americana un sobre que entregó a Pitesti.

—Un trabajo que merece ser recompensado con generosidad.

El director sonrió agradecido, mientras introducía el sobre en un cajón de su mesa.

—Por cierto, amigo Sosia..., supongo que habrá caído en la cuenta de que los chicos cumplirán dieciocho años dentro de apenas unos meses. A partir de ese momento, pasarán a tener plena capacidad legal y usted dejará de ser su tutor.

—Ajá.

Pitesti esperaba de Sosia algo más que aquel corto bisílabo, por lo que quedó un tanto desconcertado.

—Quiero decir que... ¿qué cree usted que ocurrirá a partir de ese momento?

—No tiene por qué pasar nada inconveniente, director.

Tras esa enigmática predicción, Oswaldo Sosia le tendió la mano a Pitesti, dando el diálogo por concluido.

—¡Vámonos, Carlos, por favor! —exclamó Teresa en un susurro, mientras tiraba de mi brazo.

—De acuerdo, de acuerdo —accedí, dejando de escuchar tras la puerta del despacho del director y echando a correr sigilosamente hacia nuestra clase.

### 3. *La nieve de Bulgaria*

Es aquella misma tarde, cerca de las cinco, un taxi negro, del mismo modelo de la marca Austin que los clásicos de Londres, llegó procedente de Sofía para llevarnos al aeropuerto de la capital búlgara. Durante el trayecto, que supuso circular entre espesísimos bosques de abetos y cedros y atravesar primero Govedartsi, la pequeña ciudad que daba nombre a nuestro selecto colegio internacional, y después Samokov, la capital de la provincia, ninguno de los tres parecíamos dispuestos a despegar los labios.

Nevaba suavemente y cada árbol cubierto de escarcha, de los muchos que podíamos divisar a través de las ventanillas del vehículo, parecía un anuncio de la Navidad. Pero a nuestros semblantes no asomaba el más mínimo atisbo de eso que se da en llamar espíritu navideño.

En un momento dado, decidí cambiar de lugar y sentarme de espaldas a la marcha, al lado de mi hermana, para tomarla de la mano y tratar así de infundirle ánimos. Teresa, habitualmente tan alegre, parecía en esta ocasión mucho más afectada que yo por las inesperadas noticias llegadas de la mano de Oswaldo Sosia.

—Comprendo que las circunstancias son ciertamente tristes —dijo, de repente, el administrador, quizá incómodo con aquel silencio—, pero, al menos, pensad que vais camino de vuestra casa para disfrutar, si os apetece, de unas largas vacaciones.

Teresa suspiró profundamente.

—¿Nuestra casa? Señor Sosia, hemos pasado en el colegio Govedartsi más tiempo de nuestras vidas que en ningún otro lugar. Mi hermano y yo nunca pensamos en España, en la Fundación Carter o en la casa de Zaragoza como nuestro hogar. ¿Qué clase de hogar puede ser un sitio en el que no te espera nadie?